



La cláusula

Por la autora de *El acuerdo*

MELANIE MORELAND

TERCIOPELO



La cláusula

Melanie Moreland

Traducción de
Ana Isabel Domínguez Palomo
y María del Mar Rodríguez Barrena

Rocaeditorial

LA CLÁUSULA

Melanie Moreland

LLEGA LA CONTINUACIÓN DE *EL ACUERDO*, UN LIBRO TIERNO Y DIVERTIDO QUE TE ENGANCHARÁ DE PRINCIPIO A FIN.

Richard puede añadir una línea más a su currículum: papá. ¿Cómo compagina la nueva responsabilidad y su vida acomodada?

Lo que Richard y Katy comparten son años de inquietudes que se convierten en una familia poco convencional. Pero lo que él no sabe exactamente es cómo cambiará su vida y todo lo que será capaz de hacer por amor.

La cláusula es una breve continuación de la historia de Richard y Katy y que contiene toques de humor que muestran a Richard como padre y los cambios en su mundo. Te encantará el amor y la pasión entre esta pareja, y cómo sus vidas se enriquecen en cada una de sus páginas.

Una lectura obligada para todos los fans de *El acuerdo* de Melanie Moreland.

ACERCA DE LA AUTORA

Melanie Moreland autora best seller de *The New York Times* y *USA Today*, vive la mar de feliz en una zona tranquila de Ontario con el que es su marido desde hace más de veintisiete años y Amber, su adorada gata adoptada. Nada es más importante para ella que la familia y los amigos, y valora por encima de todo los momentos que pasa en su compañía.

Aunque sufre una fuerte adicción al café y tiene graves dificultades con todo lo relacionado con la informática y las nuevas tecnologías, le encanta la repostería, la cocina y probar nuevas recetas para los demás. Le encanta organizar cenas y disfruta mucho viajando, dentro y fuera del país, si bien cree que volver a casa es la mejor parte de cualquier viaje.

Le gustan las buenas historias románticas con algún que otro obstáculo en el camino, pero es una firme defensora de los finales felices. Si no tiene la cabeza enterrada en un libro, está inclinada sobre un teclado, escribiendo sin parar mientras sus personajes le dictan su historia, a menudo con una enorme copa de vino como compañía.

ACERCA DE LA OBRA

«Katy continúa siendo una de las mejores heroínas del libro al reconocer lo que Richard necesita y entregárselo sin comprometer su condición de mujer fuerte. Aunque, como la mayoría de las mujeres, puede tener momentos de duda, no deja que eso la consuma. ¡Richard y Katy Juntos son perfectos!»

SMUSIC F. COMENTARIO EN AMAZON

«Uno de mis personajes favoritos regresa para hacernos saber que todavía está un poco loco, pero esta vez está loco por su esposa y su nuevo bebé.»

THE PLEASURE OF READING TODAY

«¡Este libro es muy bueno! Richard se ha convertido en el hombre que nunca pensó que jamás sería. Le costó aprender a amar y ser amado, pero me ha hecho disfrutar de esta serie.»

ANNA COMENTARIO EN AMAZON

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

1

2

3

4

Agradecimientos

Créditos

1

Nada más enfilar la amplia entrada del hospital, pisé el freno con tanta fuerza que el coche protestó. Las ruedas chirriaron y dejaron marcas en el asfalto. Abrí la puerta de golpe, salí de un salto y ni me molesté en cerrar el coche. Suerte tuve de acordarme de quitar las llaves.

Un vigilante de seguridad me detuvo antes de que llegara a las puertas automáticas del hospital con un gesto de la mano.

—Señor, no puede dejar el coche aquí. El aparcamiento está al otro lado de la calle...

Lo interrumpí, meneando la cabeza. Le lancé las llaves.

—Mira, chico, confío en ti. Apárcame el coche y tráeme las llaves.

—¡No puedo hacer eso!

Me metí la mano en el bolsillo y saqué un montón de billetes. No sabía cuánto era, pero para el chico que me estaba cortando el paso mientras intentaba enmascarar su juventud con pose autoritaria seguro que era una fortuna. Le planté los billetes en la mano y esboqué una sonrisilla torcida cuando puso los ojos como platos al ver el dinero.

—Claro que puedes. Tómalo como una recompensa por un trabajo bien hecho. Apárcame el coche y tráeme las llaves. —Pasé junto a él.

—¿Adónde va, señor? —me preguntó, voz en grito.

Lo miré por encima del hombro mientras me alejaba corriendo.

—¡A la planta de maternidad!

Golpeé el suelo con el pie mientras esperaba que llegase el ascensor. El corazón me latía a mil por hora, abría y cerraba los puños a los costados, y no dejaba de repasar mentalmente la llamada que había recibido mientras comía con Graham y con un cliente.

—¿Diga? —contesté cuando sonó el móvil.

—Richard, soy Laura. Tienes que venir al hospital.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿Qué?

—Katy se ha puesto de parto.

Me levanté y salí corriendo del restaurante sin pensar en nada más. Oí que gritaban mi nombre, pero pasé. Me subí en el coche y pisé a fondo para ir al hospital. Katy no salía de cuentas hasta dentro de tres semanas. El bebé llegaba antes de tiempo. Tenía que llegar junto a ella de inmediato.

Volví al presente cuando las puertas del ascensor se abrieron y solté un taco entre dientes mientras esperaba a que varias personas salieran. ¿No se daban cuenta de que tenía prisa? Pulsé el seis en el panel y luego el botón para cerrar las puertas, aunque todavía seguían entrando personas. Eché la cabeza hacia atrás mientras tomaba una honda bocanada de aire y contaba hasta diez. Soporté como pude el lento ascenso e incluso intenté no gruñirles a los que se bajaban en otras plantas. No dejaba de pulsar el botón para que se cerrasen las puertas, sin importarme las miradas que me dirigían.

Cuando las puertas se abrieron en la sexta planta, salí corriendo del ascensor para llegar al mostrador de enfermería. La enfermera, que estaba introduciendo datos en el ordenador, no me hizo ni caso.

—Mi mujer...

La enfermera levantó la mano, interrumpiéndome, y siguió tecleando, indiferente por completo al pánico que me consumía. Quería gritar, pero me limité a apretar los puños mientras me mordía la lengua. Katy no dejaba de repetirme que tenía que cultivar la paciencia. Unos segundos des-

pués, la enfermera alzó la vista con una enorme sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Mi mujer... me han llamado... ¿está teniendo al bebé!

—¿Y cómo se llama?

La miré con el ceño fruncido.

—Todavía no hemos elegido el nombre. ¡Si ni siquiera ha nacido!

La enfermera frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero yo continué:

—¿Cómo voy a saber el nombre? No hemos querido saber el sexo. Queríamos que fuera una sorpresa. Pero se ha puesto de parto antes de tiempo. Me han llamado. Tengo que encontrarla.

—El nombre de su esposa, señor.

Inspiré hondo. En fin, eso sí tenía sentido.

—Katharine... pero yo la llamo Katy. Le gusta más.

La mujer arqueó una ceja.

No repliqué, me limité a fulminarla con la mirada. ¿Qué más quería, joder?

Una mano se posó en mi hombro y, sorprendido, bajé la vista hasta ver la expresión guasona de la doctora Suzanne Simon. La doctora me sonrió con sorna y me dio unas palmaditas en el hombro.

—Tranquilo, Richard. Katy está bien. —Le sonrió a la enfermera—. VanRyan, Shelly. Es Katy VanRyan.

La enfermera llamada Shelly sonrió y me miró con una cara que parecía reírse de mí.

—Me daba en la nariz. Ya me lo advirtió.

Las miré a ambas. Se lo advirtieron. ¿Quién se lo había advertido? ¿Y sobre qué la habían prevenido?

La doctora Simon me dio otro apretón en el brazo.

—Acompáñame, Richard. Te llevaré con Katy y luego te lo explicaré todo.

Asentí con la cabeza y la seguí por el pasillo con un nudo en el estómago y los nervios a flor de piel.

—¿Qué ha querido decir con eso de «Ya me lo advirtió»?

Suzanne alzó la vista y me miró con expresión elocuente.

—Katy nos comentó que se temía que hoy no te ibas a

mostrar tan controlado como de costumbre. «Acojonado», creo que fue la expresión que usó.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré de golpe. Como siempre, mi esposa tenía razón. Estaba bastante acojonado en ese momento. Tenía que ver a Katy para tranquilizarme.

Suzanne se detuvo delante de una puerta y me miró con expresión paciente.

—Katy está bien. El bebé está bien. Tienes que mostrarte fuerte y tranquilo delante de ella, ¿de acuerdo?

Solté el aire de golpe.

—Sí.

—Te necesita.

—¿De verdad está bien? El bebé se ha adelantado.

—Los bebés se adelantan todos los días, Richard. Con todos los libros que has leído y todas las preguntas que has hecho, sabes que esto podía pasar. Katy es joven y está sana. También sabes que yo nunca te ocultaría nada.

Me relajé un poco al oír la sinceridad de su voz... y tenía razón. Había leído un montón de libros y había hecho mil y una preguntas. Suzanne siempre había sido sincera, directa y muy clara con nosotros. No me diría que Katy estaba bien a menos que, sin lugar a dudas, lo estuviera.

—Vale. Estoy bien. ¿Puedo verla ya?

Suzanne sonrió por mi impaciencia.

—Sí.

Cuando entré en la habitación, Katy estaba en la cama, con Laura sentada a su lado. Me acerqué a toda prisa, le dio un beso en los labios a mi mujer y me aparté.

—Hola, cariño.

Katy me sonrió y se aferró a mi mano, con los ojos nublados por el dolor.

—Hola, me alegro de que estés aquí.

—He venido todo lo deprisa que he podido.

Laura sonrió y se levantó.

—Y esa es mi señal para salir a hacerle compañía a

Graham y dejáros un ratito a solas. Ven a buscarme si me necesitas.

—¿Graham está aquí?

—¿No ha venido contigo?

—Esto, no, no ha... ¡Ay, mierda! —Me encogí de hombros con una mueca—. Me he olvidado de él.

Laura se echó a reír.

—Me he dejado el teléfono en el coche. Seguro que ha estado llamando.

Me saqué el móvil del bolsillo y vi que tenía varias llamadas perdidas y varios mensajes de texto. Se lo di a Laura.

—Usa el mío. Le debo una disculpa. Más bien unas cuantas...

Laura cogió el móvil al tiempo que meneaba la cabeza.

—Seguro que lo entiende. —Se detuvo a mi lado para darme un abrazo rápido—. Katy te necesita, Richard. Tiene miedo, pero intenta ser valiente —me susurró al oído.

Asentí con la cabeza y le di las gracias en voz baja. Así era mi Katy. Valiente y callada. Observé la marcha de Laura con gratitud. Era una fuerza positiva en nuestras vidas y lo más parecido a una madre que yo había tenido.

Me senté junto a Katy, le cogí una mano y miré a Suzanne.

—¿Y bien?

—Creíamos que era una falsa alarma, pero Katy rompió aguas y el parto progresa a buen ritmo. Creo que vamos a conocer hoy a vuestro hijo si las cosas siguen avanzando así.

Me llevé la mano de Katy a los labios para besarle los nudillos.

—Hoy —repetí, enfrentando su mirada nerviosa.

—Vamos a monitorizar a Katy y sabremos cuándo ha llegado el momento. Mientras tanto, necesito que recuerdes todo lo que has aprendido en las clases. Ayúdala con la respiración, mantenla cómoda y deja que se apoye en ti. —Suzanne miró a Katy—. Puedes andar si quieres... De hecho, te lo recomiendo. Tenemos cubitos de hielo y agua. ¿Seguro que no quieres la epidural?

Katy negó con la cabeza. Se mostraba firme al respecto y, por más que yo había intentado que cambiase de idea, se había negado.

Suzanne miró a Katy y le dio unas palmaditas en la mano.

—Puedes cambiar de idea si quieres, pero no podemos retrasarlo mucho. A partir de cierto punto, no podemos usarla.

—Lo sé. Quiero un parto natural.

—Vale. Ahora, a relajarnos. Volveré dentro de poco.

La doctora se marchó y me incliné para besar a mi mujer antes de mirarla a los ojos con expresión segura.

—Estoy aquí, cariño. Todo va a salir bien. No te voy a dejar sola ni un minuto. Y, después, conoceremos a nuestro hijo.

—Todo esto es muy fuerte... —confesó ella con voz temblorosa—. Tengo miedo.

Me alivió oír que lo decía en voz alta. La besé en la frente.

—¿Qué necesitas?

—Que me abrace.

—No tienes ni que pedirlo.

Katy se puso de costado y me senté junto a ella, rodeándola con los brazos para colocar las manos abiertas sobre su barriga, antes de empezar a mecerla con suavidad hasta que sentí que se relajaba.

—Alguien está ansioso por conocerte.

Ella murmuró algo con ternura.

—Por conocernos. Siempre reacciona más a tu voz.

Sonreí, la besé en el pelo y seguí acariciándole la barriga.

Me sentí muy raro la primera vez que le hablé a la barriga. Me sentí como un idiota, allí tumbado junto a ella, con una mano sobre su piel, murmurando chorradas. Pero también me gustó. Empecé a leer libros en voz alta, a tararear canciones, a hablar de lo bien que lo íbamos a pasar cuando naciera... A hacer cualquier cosa para conectar con la vida que crecía dentro de Katy. La primera vez que sentí la presión de una mano o de un pie contra mi mano, lloré. Y, por segunda vez en la vida, supe que me había enamora-

do. Ya fuera niño o niña, querría y protegería a ese pequeño con todo mi ser. Saber que lo tendría en brazos dentro de pocas horas me provocaba un nudo de ternura en el pecho al que todavía no me había acostumbrado. Miré a Katy, que me miraba con cariño.

—Te quiero, Katy.

Me sonrió.

—Te queremos.

Katy hizo una mueca cuando la asaltó otra contracción y me cogió la mano.

Tomé una honda bocanada de aire, a sabiendas de que solo era el principio y con la esperanza de ser lo bastante fuerte para brindarle el apoyo que ella necesitaba, tanto física como emocionalmente.

—Muy bien, cariño. Vamos a respirar.

2

Las cosas siguieron avanzando a buen ritmo hasta que llegó la hora de trasladar a Katy al paritorio. Estuve andando con ella por el hospital hasta que el dolor le impidió seguir haciéndolo, le ofrecí cubitos de hielo para refrescarle la boca, le masajeeé la espalda y los hombros, y la tranquilicé, aunque los nervios me retorcían las entrañas. Parpadeé para librarme de las lágrimas cuando vi el dolor tan intenso que estaba experimentando. Dejé que me cogiera la mano, sin importarme si llegaba a partírmela por la fuerza con la que me la apretaba a medida que las contracciones se hacían más dolorosas y seguidas. Katy cambió de opinión con respecto a la epidural y, aunque me alegró que fuese a aliviarle el dolor, no me gustó nada ver el tamaño de la aguja que empleaban para inyectarla. Siempre quise estar presente en el momento del parto y me enseñaron cómo sujetar a Katy por los hombros para ayudar cuando llegara la hora de la epidural. Me acerqué para hacerlo, pero al ver la aguja me quedé petrificado. Tuvieron que apartarme y la misma enfermera que estaba en el mostrador de recepción ocupó mi lugar, mientras rezongaba algo sobre «los hombres y el dolor». Tuve la impresión de que me lo recordarían durante toda la vida.

De la misma manera que me recordarían el haber dejado tirado a Graham. Al parecer, después de que saliera corriendo del restaurante, le dijo al cliente que la llamada que yo había recibido seguro que tenía algo que ver con mi mujer, que estaba embarazada. Salió corriendo detrás de mi

coche en un intento por alcanzarme, pero no me di ni cuenta y el cliente acabó llevándolo de nuevo a la oficina. Una vez que habló con Laura, Jenna y él fueron al hospital. Los mantuve informados en todo momento e incluso bajé con Katy a verlos en varias ocasiones. En una de ellas, Graham me dio las llaves del coche y me dijo que estaba aparcado al otro lado de la calle. Después, se acercó a mí para añadir en voz baja que cuatrocientos dólares era una propina un poco excesiva para el vigilante de seguridad por haber ejercido de aparcacoches, pero me limité a sonreír. El dinero me ayudó a llegar antes junto a Katy y el chico seguro que lo necesitaba más que yo, así que no me importó en absoluto. Laura estuvo saliendo y entrando de la habitación, y su sosiego nos mantuvo tranquilos. La serenidad que transmitía era justo lo que necesitábamos.

Me incliné sobre Katy, elogiando su fuerza y valor. Le murmuré palabras de ánimo. Le agarré la mano y le refresqué la frente con paños húmedos. Cuando me lo dijeron, me coloqué detrás de ella para sujetarle los hombros y la animé a empujar.

Después de que mi hija llegara al mundo llorando a pleno pulmón, juré que nunca había oído nada tan maravilloso. Me temblaban las manos cuando me permitieron cortar el cordón umbilical. Sentí una opresión en el pecho que me resultó casi dolorosa. El cuerpo entero me vibraba cuando me dejaron cogerla en brazos por primera vez. Tenía la cara colorada, arrugada y roja, pero era lo más bonito que había visto en la vida. El pelo era oscuro y lo tenía apelmazado. Abrió los ojos cuando bostezó, agotada por el trabajo de llegar al mundo. Por un instante, solo existimos nosotros dos. Le acaricié una diminuta mejilla, maravillado. Me incliné para besar a Katy, que nos observaba cansada, pero feliz.

—Mira lo que hemos hecho —le susurré—. Es perfecta. —Con cuidado, le dejé sobre el pecho a nuestra hija, que se acurrucó plácidamente—. Has estado increíble, cariño —le dije en voz baja—. Espectacular.

Ella miró a nuestra hija.

—Lo hemos hecho bien.

Coloqué una mano sobre la espalda de mi hija y apoyé la cabeza en la almohada, junto a la de Katy.

—Sí, lo hemos hecho bien.

Le eché un vistazo al reloj y me sorprendió ver lo tarde que era. Katy estaba dormida con una mano debajo de la mejilla, agotada. Graham, Laura y Jenna se habían ido unas horas antes. Graham insistió en que comiera algo y me sacó a rastras de la habitación, mientras Laura y Jenna se quedaban con Katy. Le llevé un poco de queso, unas galletas saladas y fruta, que ella mordisqueó mientras hablábamos. Una vez que Graham se quedó tranquilo al verme comer, se llevó a sus chicas a casa y me dejó solo con las mías.

Con mi familia.

Katy intentó convencerme de que me fuera a casa para dormir, pero no quería dejarlas solas. No podía. Quería estar con ellas y asegurarme de que ambas estaban bien.

Mi hija se quedó dormida en mis brazos. Era un ser diminuto y frágil, al que ya quería más de lo que jamás había creído posible. No podía soltarla. La observé mientras se removía, envuelta en un suave arrullo rosa. Frunció los labios mientras intentaba liberar las manos. Katy me había explicado la razón por la que se envolvía a los bebés, pero no pude evitar aflojarle el arrullo y dejar que sacara una manita. Me agarró un dedo con una fuerza que me sorprendió y me encantó. Mi niña era fuerte. Sus ojos azules, tan parecidos a los de Katy, me miraron soñolientos y, después, se cerraron, aunque siguió aferrándose el dedo.

—Es perfecta —susurró Katy.

La miré con una sonrisa.

—Sí que lo es, mamá.

Katy esbozó una sonrisa preciosa.

—Richard, tenemos que ponerle nombre.

—Lo sé. Pero ahora que está aquí y le veo la cara, ninguno de los que me gustaba le pega. —Pasé un dedo por un diminuto moflete—. ¿Estás segura de que no quieres ponerle Penny?